

Guardianes del Crepúsculo

Fray Nelson Medina, O.P.

Capítulo 1

Te voy a contar una historia. En un país lejano de las montañas de Asia Central había una tribu que se caracterizaba por su modo pacífico de vida. Casi todos eran pastores de cabras o cultivaban la tierra. Sus casas eran extremadamente sencillas, como gente acostumbrada a partir de un lugar y buscar mejores condiciones, si el clima, las fieras o la presión de otros pueblos así lo recomendaba.

En ese país hubo un líder famoso por su sabiduría; su nombre era Galej. Era un hombre alto de cuerpo y de ideales, fuerte, sano y alegre. Sus amigos lo querían muchísimo pero nadie tanto como su esposa, que se llama Jandeiga. Este nombre significa "Estrella de la Mañana" en la lengua de aquella tribu, y le fue puesto por el papá de ella porque cuando ella nació era muy temprano en el alba y lo único que se veía en el horizonte era una hermosa estrella que pareció sonreír cuando Jandeiga nació.

Galej tenía muchos amigos y no se le conocía ningún enemigo. Lamentablemente sí había entre aquella gente pacífica alguien que detestaba el liderazgo de Galej y que sobre todo no quería que él fuera nombrado jefe de la tribu. Este enemigo oculto se llamaba Histaiko; tenía dos años más que Galej, y había sido compañero suyo en la escuela de caballería, unos diez años atrás. Histaiko era, como podrás imaginarte, un hombre inclinado al resentimiento y terriblemente envidioso. Lograba, sin embargo, enmascarar muy bien sus verdaderos sentimientos y emociones, de manera que si lo hubieras visto reunido con los demás amigos de Galej tomando kilta, jamás te hubieras imaginado qué clase de persona era. Ni siquiera el alto contenido alcohólico de la kilta conseguía que él mostrara su verdadero rostro sino que el hombre se mantenía siempre actuando: era un magnífico actor y hubiera podido engañar hasta a la propia madre.

Jandeiga, sin embargo, sí desconfiaba de Histaiko, no porque hubiera visto nada extraño en él, sino porque tenían una prima en común, de nombre Luvei, y esta prima le tenía mucho cariño y confianza a Jandeiga. Por ese afecto una vez le había contado la historia del tiempo en que Luvei había sido pretendida por Histaiko. Aunque Luvei era tan jovencita en esa época, era una niña despierta que se daba cuenta de las mentiras elaboradas y eficaces de su pretendiente. Una vez, por ejemplo, Histaiko le dijo que iba a ir con unos amigos de cacería; ese día era un sábado. Y en efecto volvió ya muy entrada la noche con la ropa manchada de sangre y con una porción grande de carne que supuestamente era de la cacería. En un bulto aparte traía la piel del animal que habían cazado, un ciervo inmenso, y ello como regalo para el papá de Luvei. Este señor no simpatizaba mucho con Histaiko, y el regalo debía servir para mejorar la relación entre ellos. De hecho, el papá de Luvei cambió su parecer sobre Histaiko pero no

también cambió le parecer de la joven. Guiada por una intuición de su Ángel, ella se ofreció a limpiar y preparar la piel del ciervo. Todos se sorprendieron de que ella, siendo una joven de delicadas maneras, se ofreciera a una tarea tan ingrata y exigente, pero la cosa fue vista como generosidad de ella o tal vez como un modo de ayudar a que su novio cayera mejor en casa. Lo que ella pretendía en realidad, y lo que consiguió fue comprobar que había algo extraño en esa cacería. En la parte del anca, casi del todo oculta por la sangre había una pequeña marca que mostraba que ese ciervo había tenido dueño: seguramente pertenecía a la hacienda de alguno de los ricos de la tribu, pues era costumbre en aquel tiempo que los ricos y poderosos no mataban a los animales salvajes que encontraban en los campos sino que los dejaban marcados como señal de victoria. Luvei se dio cuenta entonces que esa cacería había sido por lo menos ilegal. Se puso entonces a averiguar y descubrió que esa marca era de la hacienda del papá de uno de los supuestos amigos de Histaiko, un hombre llamado Tekaluf. Le tomó un par de semanas más averiguar bien los hechos: Tekaluf no se llevaba bien con el papá y él y su amigo Histaiko habían decidido hacer esa cacería fácil en tierras del papá de Tekaluf para hacer daño a aquel hombre y para conseguir de manera fácil una mejora en las relaciones con el papá de Luvei. Toda esta historia fue la que Luvei le contó a Jandeiga, y por eso Jandeiga tenía serias reservas sobre qué clase de persona era Histaiko.

Sucedió un día que Histaiko fue a visitar a Galej para hacerle una propuesta. Por supuesto, escogió un día en que Jandeiga no estuviera presente, porque, como perverso que era, conocía bien quién podía sospechar de él y quién no. Después de unos cuantos vasos de kilta introdujo su tema, escogiendo bien las palabras: "¿No te parece, hermano, que nuestro reino está en realidad muy desprotegido? Los grandes tesoros que hemos recibido de nuestros venerables antecesores podrían perderse en realidad con facilidad, porque es sabido que estamos rodeados de naciones fieras y bien armadas mientras que nosotros no contamos siquiera con un modesto ejército. Como yo sé que gozas de talento y de salud, y como toda la gente sigue tu voz, pienso que debes ser tú quien lidere esa idea, aunque sabes que siempre puedes contar conmigo."

Galej no estuvo muy convencido al principio, pues replicó: "Bien está que pienses en el bien de nuestra nación y en realidad me honra que pongas mi nombre de primero en la lista de quienes podrían llevar a la realidad ese anhelo tuyo, pero ¿no has pensado que precisamente nuestros antepasados nos dejaron como herencia el cultivo de la paz y el rechazo de toda violencia? ¿Estaríamos perdiendo esa herencia si ahora decidimos ser como los demás pueblos y llenarnos de armas, de guerras y de sangre!"

"Por eso he pensado en ti, querido Galej--replicó Histaiko--porque eres un hombre honesto y ponderado que jamás usará la fuerza si no es para restituir el orden debido por la justicia. Otro en tu lugar podría poner primero sus intereses pero Dios te ha hecho inteligente y fuerte a la vez, y eso es lo que necesita nuestra gran nación: un hombre que sepa entregarse con denuedo y que no dude en posponer hasta su propia vida, con tal de conservar y acrecentar el bien de su pueblo."

Y así siguió hablando Histaiko, tejiendo con sus palabras un lazo hermoso y florido de elogios y vehementes súplicas que tenían como único objetivo el bien de la nación. Cuando ya asomaba la luna en el horizonte y la provisión de kilta se acababa, Galej estaba en realidad

convencido y sólo necesitaba que esa nueva asociación o grupo militar tuviera un nombre rimbombante. También en esto había pensado Histaiko, que además sabía a qué horas regresaría Jandeiga de visitar a su madre. Con una sonrisa digna de mejor causa le dijo la final: "He pensado que un buen título se necesita para que este grupo nuestro sea bien amado y bien respetado desde sus comienzos. La gente es impresionable, tú sabes, y si queremos que los mejores y más fuertes jóvenes quieran unirse a nosotros tenemos que alimentar un poco su vanidad. Por eso he pensado en este nombre: Guardianes del Crepúsculo. ¿Qué opinas? ¡Dime que sí te gusta!"

La verdad es que Galej ya estaba ebrio, no tanto de la kilta, sino de su propia vanidad, y por eso estaba dispuesto a hacerle caso a Histaiko en lo que fuera, con tal de que él mismo quedara como único jefe de esa maravillosa alianza militar que iba a preservar la bondad del universo, o por lo menos así parecía en esa noche.

Ya ves que el plan de Histaiko le está funcionando bien: ha alcanzado a salir de casa de Galej justo a tiempo para que Jandeiga no lo vea, ni lo salude, ni lo mire a los ojos.

Capítulo 2

No había terminado de escabullirse la sombra de Histaiko entre los matorrales de alrededor de la casa de Galej cuando Jandeiga entró abrigándose bien y quejándose del fuerte viento: "¡Parece que fuera el soplo mismo de los Himalayas!", comentó mientras organizaba su vestido para quedarse ya en casa. "¿Y viniste sola a estas horas?," inquirió Galej. "No, me acompañó como siempre Luvei. Oye, ¿y desde cuándo bebes tú solo? Por lo que veo esta jarra está vacía, o sea que ni siquiera me esperaste para tomar un trago conmigo."

Galej prefirió no mencionar inmediatamente a Histaiko, de modo que trató de llevar la conversación por otro lado: "Bueno, tú dices que no te gusta la kilta, y mucho menos cuando tienes tu periodo. Aunque yo no sé si ya lo tienes. ¿Será que esta vez sí me vas a dar un hijo?"

Jandeiga se quedó mirando como al vacío pero pronto volvió a su propio tema: "Y mientras llega ese hijo nuestro, ¿con quién bebes en casa, si yo no estoy? Porque tú no estabas bebiendo solo..." Galej entendió que no había manera de ocultar las cosas: "Histaiko vino y..." Pero Jandeiga lo interrumpió: "...¿vino y te trajo carne de un ciervo que había cazado?" "Oye, Jany"--le dijo él, usando el término abreviado y cariñoso para llamarla--"no deberías estar siempre repitiendo esa historia sobre Histaiko. ¿Dónde está el hombre que no haya dicho jamás una mentira?" "Yo conozco ese hombre--replicó ella sin parpadear--lo conozco también que me casé con él y jamás me ha dicho una sola mentira. Por eso deja que te pregunte: ¿qué quería Histaiko en mi casa? ¿Por qué viene precisamente cuando yo no estoy?"

"A ver, Jany, para mí no es tan extraño que él haya escogido este momento para venir. A veces los hombres tenemos nuestras cosas, nuestros negocios que queremos hablar. Tú también pasas tardes enteras hablando con Luvei. Yo no sé qué es todo lo que ustedes hablan pero lo

que presiento es que se la pasan murmurando de toda la demás gente. Fue ella la que te metió en la cabeza todos esos prejuicios contra Histaiko."

"Amor mío, Galej del Sol Grande, ¿tú piensas que son sólo prejuicios? Ese hombre es peligroso; ese hombre esconde algo, y por eso él me rehuye. ¿Quisieras contarme de qué te habló él esta noche, después de rellenarte de kilta? ¡Estás que apestas!"

"Si estoy que apesto, lo mejor es que no hablemos de eso esta noche, Jany. La verdad, yo sólo quisiera dormir ahora. Mañana será un largo y duro día, porque Ulekam está decidido a que intentemos la desviación del río, y aunque ya se ha cortado mucha madera, no será una tarea fácil. Pero por otra parte, si no lo intentamos, apenas empiece el deshielo el río se desbordará y se va a perder la primera cosecha buena en varios años. ¿Ves, mi amor, mi dulzura soberana? Esos son los problemas reales de la gente real. En eso gastamos el tiempo los hombres, y no simplemente tejiendo camisas y hablando de los demás..."

Jandeiga hubiera podido reñir, como lo había hecho muchas veces, porque ese tema de los hombres y las mujeres era una discusión permanente entre ellos, a veces en tono amable, a veces con cierta amargura. Pero ella no quería reñir, o mejor, no le parecía práctico reñir, porque sabía que si esa noche reñían ella nunca iba a poder saber qué le había dicho Histaiko a su esposo. Así que simplemente sonrió y se puso a organizar el pequeño desorden que los dos hombres habían dejado en su rato de charla y de kilta. A Galej le sorprendió que ella no siguiera la conversación pero en el fondo se alegró porque en sus cinco años de matrimonio nunca había podido ganarle una discusión a Jandeiga. ¡Cómo se notaba que ella era hija del mejor abogado de la región!

Mientras Jandeiga arreglaba las cosas Galej se sentó en la cama y se quedó mirándola. De verdad era una mujer hermosa, y a medida que traía y llevaba vasos, platos y jarras, y luego limpiaba la mesa se dibujaban sus formas de mujer debajo de la sencilla ropa que traía. Galej se sintió feliz de tenerla y por unos minutos la contempló con inmenso placer, como esperando que viniera a su cuerpo el deseo por ella.

Pero el deseo no llegó y Jandeiga casi terminaba su pequeño oficio doméstico. De pronto ella se detuvo junto a una de las sillas y miró luego en el piso. Se agachó a recoger algo pero Galej no supo qué era porque ya el sueño le había cerrado los párpados y se había quedado medio desnudo sobre la cama, sin siquiera arroparse.

Jandeiga nunca se había tardado tanto en poner en orden cuatro o cinco cosas pero es que ella era muy inteligente y desde el primer momento, al acercarse a la mesa había visto que una especie de pequeño talismán estaba en el suelo, no hacia el lado de la cabecera de la mesa, donde sin duda se había sentado su esposo, sino al otro lado, donde había estado Histaiko. El Ángel de ella la había guiado y así ella había entendido que en ese talismán había un secreto importante. Todo ese rato dando vueltas alrededor de la mesa era sólo un modo de hacer tiempo mientras Galej se dormía, como efectivamente se durmió. Ella no quería que él supiera que ella había encontrado esa extraña pieza de marfil que llevaba grabados cuatro nombres y

unas figuras. Tampoco quería que Galej se enterara dónde quedaría guardado ese talismán porque estimaba que podría obrar mejor y más pronto sola.

Metió entonces la pieza de marfil en una bolsa de cuero de cabra. Los ronquidos de Galej se confundían con los rugidos del viento afuera. Brillaban relámpagos en la distancia y la casa de ellos se llenaba de breves estampidas de luz. Entre dos relámpagos ella encontró una grieta cerca del depósito de ropa para el verano y allí puso el talismán. Luego se aligeró de ropas y casi desnuda se acostó al lado de su esposo, aunque sin poder dormir, embebida en toda clase de cavilaciones y preguntas. El fuerte olor a Kilta tampoco ayudaba a que el sueño se posara en sus ojos, de modo que con un poco de resignación se puso a mirar a Galej que parecía un gigante desmayado. Algo de baba le salía de la boca y los ojos se le movían debajo de los párpados como si estuviera contemplando un paisaje invisible para ella. Lo miró con amor, y empezó a recordar toda la historia de ellos. ¡Todo era tan lindo! ¡Todo tan perfecto! Sólo faltaba un hijo, sólo faltaba un heredero para que ese gozo fuera completo, pero ella no sabía qué más hacer para quedar embarazada. Además, Galej era mucho menos ardiente de lo que parecía, y a medida que pasaban los meses cada vez tenían menos intimidad. Jandeiga se había llegado a preguntar que si era que él tenía algo con alguna otra mujer pero semejante pensamiento no tenía base real alguna así que había acabado por desecharlo.

Tantos truenos sólo podían anunciar lluvia, y así sucedió. Torrentes de agua bañaban aquella tierra que ya estaba toda oscura, si no fuera por una pequeña luz al otro lado del poblado: era Histaiko que leía sus papeles, como tratando de memorizar algo que no debía existir más por escrito.

Capítulo 3

Al otro día, Galej se levantó muy temprano, de modo que cuando salió de su casa Jandeiga todavía dormida. Era una de las diferencias entre ellos dos: ella prefería dormirse tarde y levantarse tarde también; él en cambio era feliz durmiendo temprano y madrugando al otro día.

Otro madrugador era Ulekam, que junto con algunos amigos iba animoso buscando la orilla del río cuando vio entre las sombras del alba la silueta inconfundible de Galej. "¡Hola, campeón!"--le saludó con voz recia y animosa--"Hoy vamos a necesitar toda tu fuerza a ver si le ponemos algo de orden al ímpetu de este río."

Ese río era en realidad sólo un arroyo que por esas tierras tendría unos cuatro o cinco metros de ancho. El proyecto de Ulekam era hacer una especie de embalse que obligara al agua a amontonarse y rodear una cierta colina, forzando a la corriente a caer como en cascada por un camino diverso del actual. El agua debía seguir esa ruta abriéndose paso por una senda nueva que después de un kilómetro o kilómetro y medio, y de rodear la montaña, terminaba uniéndose con el curso actual. Las ventajas de esta idea eran muchas. Por un lado, lo más importante: prevenir una inundación de las cosechas que quedaban a la izquierda del curso actual; por otro lado, facilitar una fuente de riego a partir de esa especie de embalse. Si todo

funcionaba bien, la comunidad quedaría a salvo tanto de los rigores del deshielo en primavera como de las sequías del final del verano o durante el otoño.

No era la primera vez que Ulekam emprendía obras de este tamaño pero sí era la primera que iba a utilizar una nueva técnica muy ingeniosa. Su plan era hacer una serie de enrejados tupidos de madera, de unos cuatro metros por cuatro, lo suficientemente grandes como para servir de soporte a ramas y lodo que debían servir para bloquear la corriente, pero lo suficientemente livianas como para ser movidas sin demasiada incomodidad por un grupo grande de hombres. Y ciertamente no le faltaban colaboradores: cerca de cuarenta o cuarenta y cinco voluntarios se habían puesto cita para esa madrugada. Según Ulekam, era factible hacer unas siete o diez de esos enrejados en el curso de la jornada. Al otro día tendrían que volver de nuevo para ir las moviendo y acomodando en serie en el arroyo mismo. Por supuesto, esto no era un sello impermeable pero sí haría que el agua se empezara a acumular haciendo una especie de estanque. Si el estanque levantaba el nivel del agua unos tres metros, ya ello estaba casi al nivel del borde de la colina. Algo más de trabajo de excavación en la colina simplificaría aún más las cosas para el agua que entonces empezaría a caer por el otro lado de la montaña, como ya te he explicado.

Todavía no asomaba el sol cuando ya estaban casi todos los voluntarios. Faltaban solamente Fitmeno, del que se sabía que seguía enfermo con unos dolores crónicos en la parte baja de la espalda, e Histaiko del que no se tenía noticia alguna. Como no era casado ni vivía con la familia de su padre era difícil saber de él.

Ya estaban acabando la primera de los enrejados diseñados por Ulekam cuando apareció Histaiko, acercándose con visible vergüenza pero sin disminuir el ritmo de sus pasos. Ulekam se secó el sudor de la frente y dudó por un momento sobre cómo saludarlo. En una fracción de segundo pensó en decirle algo amargo e irónico como: "¿A qué vienes ya? ¡Vete más bien a hacer comida a los que sí trabajan!" Sin embargo, no le dijo eso, sino que saludó con una mirada neutra y seca y dijo algo como: "¿Todo en orden? ¿Vienes listo a trabajar?" Histaiko respondió asintiendo con la cabeza. Los ojos apenas se le veían en sus cuencas y el aspecto general era demacrado, como si estuviera un poco enfermo, aunque no lo estaba.

Para hacer el segundo enrejado, los hombres decidieron rotar las cuadrillas de trabajo, es decir: quiénes se dedicaban a derribar y limpiar los árboles, quiénes los traían hasta el sitio de construcción, quiénes los amarraban, y quiénes acomodaban el enrejado ya hecha en una especie de rampa de bajada al arroyo, de modo que la siguiente fase fuera lo más sencilla y ágil posible. Esto en realidad era muy necesario porque el éxito de todo el proyecto dependía en buena parte de acomodar esos enrejados con la suficiente agilidad para que la madera de los primeros no tuviera que soportar el ímpetu de la corriente por demasiado tiempo.

Cuando reorganizar sus cuadrillas sucedió que Histaiko y Galej quedaron en el mismo grupo junto a otros siete u ocho forzudos. Su misión consistiría en transportar los troncos ya derribados.

Por una razón desconocida aconteció que los del primer grupo, los que debían talar los árboles empezaron a irse montaña arriba subiendo mucho más de lo acostumbrado y mucho más de lo necesario. A ese primer grupo lo iba comandando Ulekam que parecía incansable y que quería que todo saliera no solamente bien sino perfecto. En su largo ascenso, los dos grupos, los de la tala y los del transporte, se detenían cada cierto trayecto a contemplar el estupendo paisaje. Ya el sol brillaba pero sin fuerza y como sin cansar la mirada. La sombra de las cadenas de montañas se extendía hacia el Norte hasta disolverse en las llanuras que luego se volverían estepas de Mongolia.

En una de esas paradas Histaiko se acercó a Galej, apuntó hacia Mongolia y dijo: "Mira, de allí vendrá la amenaza." Galej replicó: "¿De que hablas? Nunca hemos visto venir a nadie de esas regiones y si no fuera por las historias de los abuelos ni siquiera sabríamos cómo llamar a los pueblos que viven después de nuestras montañas." Histaiko no volteó a mirar a Galej sino que tomó resuello y añadió: "Los tiempos que vivimos no son de plena noche ni de pleno día. Este es el crepúsculo, Galej, y tú y yo estamos llamados a ser Guardianes del Crepúsculo. Hay cuatro mensajes del cielo, y todos concuerdan en que debemos estar listos para la batalla. Habrá batalla, Galej, y serás tú quien conduzca a nuestra raza a la victoria."

Galej pensó en hacer algún chiste tonto con eso de las batallas y las victorias pero prefirió guardárselo para sí mismo. Más bien preguntó: "¿Y de dónde sacas tú eso de los mensajes? ¿Eres más que nuestro gran sabio, eres más que el gran Zaratustra?"

Histaiko volteó a mirar a Galej con ojos profundos y serios por unos segundos que parecieron eternos. Luego dijo: "Zaratustra nos habló del Dios único y de amar a Dios pero confundió muchas cosas. Mi padre, poco antes de morir, me habló de unos hombres, que se llamaban a sí mismos los Misioneros de Tomás. Es una historia real pero es tan extraña que te parecerá fantasía si te la cuento."

"¿Te sientes capaz de hablarla mientras reanudamos el ascenso? ¡No nos vamos a quedar aquí conversando mientras los demás trabajan!"--comentó Galej, y ambos rieron de buena gana.

Y así fueron subiendo y hablando. Histaiko le contó a Galej que su padre había escuchado a su abuelo de ese antiguo grupo, el de los Misioneros de Tomás. Ellos hablaban de la redención y le decían a la gente que tenía que renunciar a los ídolos y aceptar el amor de un hombre que había muerto pero que había sido resucitado por el poder de Dios Padre. Estos misioneros venían de la parte noroccidental de la India, y llevaban consigo unas especies de papeles con escritos que metían en unas cajas cilíndricas de colores distintos. Eran exactamente cuatro colores, de manera que todas las cajas de un mismo color tenían el mismo texto. Los cilindros de color amarillo empezaban con estas palabras: "Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham." Los de color rojo empezaban así: "Por cuanto muchos han tratado de compilar una historia de las cosas que entre nosotros son muy ciertas, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, también a mí me ha parecido conveniente, después de haberlo investigado todo con diligencia desde el principio, escribírtelas ordenadamente, excelentísimo Teófilo, para que sepas la verdad precisa acerca de las cosas que te han sido enseñadas." Los cilindros de color verde

empezaban diciendo: "Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios." Y los de color blanco empezaban con estas palabras: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios."

Los misioneros de Tomás hablaban muy poco de sí mismos, y ni siquiera se sabía dónde residían; parecían nómadas. Había entre ellos hombres y mujeres, y ambos usaban unas especies de pañoletas con cuatro letras grabadas en griego, que si se tradujeran serían SMDM. Cuando el abuelo de Histaiko, llamado Histaiko "el Viejo," los conoció, el grupo estaba muy diezmado por una plaga que se había abalanzado sobre ellos, razón por la cual los demás pueblos decían que los Misioneros eran unos malditos de los dioses. Pero Histaiko el Viejo era un hombre abierto y sin muchos prejuicios, y por eso se arriesgó a conocerlos más. El que dirigía a estos Misioneros era un hombre célibe, muy anciano, llamado Cristódulo, que estaba terriblemente enfermo por esa especie de plaga. Pero así enfermo y todo le había contado su historia a ese Histaiko. Lo que sigue es del diálogo de ellos.

Dijo Cristódulo con voz trémula y frente sudorosa: "El momento de mi partida es inminente y hay una cosa, una sola cosa que debes saber bien, querido amigo extranjero que nos recibes como si fueras de los nuestros. Conoce que hay un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Conoce que hay un solo Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos; fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos; está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Conoce que existe el Espíritu Santo de Dios, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna."

Cristódulo, ya en su lecho de muerte, bautizó a Histaiko el Viejo usando para ello un poco de agua del mismo arroyo que Ulekam quería desviar. La mayor parte de los rollos que traían los misioneros fueron enterrados y pronto se perdieron descompuestos por la humedad del lugar, pero unos pocos quedaron en posesión de la familia de Histaiko de modo que cuando el último de los Misioneros murió no quedó sobre esta tierra más rastro de su paso que esos cilindros de colores, ahora en la casa de Histaiko el amigo de Galej.

Todo esto conversaban ellos mientras subían y luego bajaban por la montaña. Galej oía con fascinación toda la historia y al final preguntó sólo una cosa: "¿Y por qué se llamaban Misioneros de Tomás?" Histaiko le respondió: "Porque el primero de su grupo fue un hombre llamado Tomás, que vivió hace muchos siglos. Los Misioneros decían que nadie se había convertido de verdad si no podía mirar hacia Cristo y decir las palabras: 'Señor mío y Dios mío,' y por eso llevaban esas pañoletas con las letras SMDM. Y los Misioneros decían que Tomás mismo les había enseñado a decir esas palabras porque Tomás había visto a Cristo resucitado de entre los muertos."

Capítulo 4

Cuando Jandeiga finalmente se levantó tenía un fuerte dolor de cabeza; era media mañana y su primer pensamiento fue: "¡Qué ironía! Galej es el que bebe y a mí me da el dolor de cabeza. ¿Cómo hará él para levantarse tan fresco y tan temprano como si sólo hubiera bebido agua?"

Pronto sus pensamientos tomaron otros rumbos. Se acordó del talismán que se le había caído a Histaiko y como por instinto fue a revisar el lugar en que lo había dejado la noche anterior. Aunque le parecía improbable, una chispa de recelo le hacía temer que Galej hubiera visto el extraño objeto. Por supuesto, no era así. Sin embargo, Jandeiga se dio cuenta que ese supuesto escondite no era tan bueno como le había parecido en la oscuridad de la noche. Una de las grietas de la pared dejaba pasar algo de luz que denunciaba el sitio exacto del talismán. De todas maneras ella pensó, y era verdad, que tenía todavía unas cuantas horas para encontrar un mejor lugar, así que no había prisa. Preparó entonces algo de cereal con agua, aceite y sal, para su desayuno de ese día, y comió un par de frutas parecidas a fresas grandes, típicas de la región.

Jandeiga era una de las pocas mujeres de la región que podía leer y escribir correctamente. Su padre, el abogado, la había colmado de amor cuando ella era chica, y la dejaba sentarse junto a él y leer todas las ordenanzas y decretos y acuerdos de la biblioteca de él. Era una niña muy callada, muy inteligente, y muy hermosa. Se sentía señalada por el destino para ser feliz, sencilla y perfectamente feliz, y la mamá le decía que ella tenía "mirada de princesa y corazón de reina." Siempre tuvo muchas amiguitas, a las que le gustaba invitar a casa, a veces a preparar lo que ellas llamaban "grandes comidas" y otras veces a hacer unos juegos que ellas mismas se inventaban y que se hacían con unas cuerdas largas de colores. El juego consistía en hacer una especie de danza en la cual, a medida que las que iban danzando cambiaban de posición, las cuerdas se iban cruzando y entretejiendo. Como te puedes imaginar, es un juego que requiere tiempo y muchísima destreza, porque cada grupo de danzantes necesita muy buena coordinación y una hábil capitana, que era la que tenía que diseñar en su cabeza como se iban a entrelazar las cuerdas. Ganaba el equipo que realizara sin equivocarse el diseño más complicado. Al llegar la primavera, todas las niñas de la región participaban en el Gran Festival que tenía como acto central la eliminatoria de esta danza con tejido. Por tres ocasiones el equipo de Jany, como la llamaba la gente con cariño, había ganado el premio mayor.

Pero las reuniones que Jandeiga disfrutaba más no eran las de las danzas ni las de las comidas, sino las que se llamaban "Invocaciones." La abuela de ella, mamá del papá, había sido sacerdotisa de Ahura Mazda, y Jandeiga sentía una fascinación especial por Zaratustra y por el culto a ese dios único. Ella quería ser sacerdotisa también pero para el tiempo de su juventud la religión había decaído considerablemente en su raza, de modo que, por ejemplo, las amigas de ella no se interesaban casi en hacer las ofrendas de fuego a Ahura Mazda. Jandeiga, en cambio, quería interiormente aprovechar su liderazgo natural sobre aquellas jovencitas para llevarlas por el camino de Ahura Mazda y por eso organizaba reuniones mensuales, llenas de misterio, cuando llegaba el Cuarto Creciente, con cada luna. Se puede decir que algún éxito tuvo pero en realidad las amigas no le encontraban tanto sentido a esos rituales y les fastidiaba

que hubiera que estarse calladas horas y horas mirando las formas del fuego o repitiendo invocaciones.

Jandeiga, pues, tenía apenas regular éxito como sacerdotisa, y además en uno de los Festivales de Primavera los ojos de Galej se posaron en ella para siempre. El noviazgo fue breve y muy hermoso, y pronto las dos familias acordaron la celebración del matrimonio, que sucedió a principios del otoño. Galej no tenía una verdadera tradición religiosa aunque por supuesto sabía, como los demás de su raza, de los elementos básicos del Zoroastrismo y del culto a Ahura Mazda. Jandeiga incluso intentó una vez que ellos dos hicieran una de las Invocaciones pero Galej se quedó dormido, y ella renunció a intentarlo de nuevo.

Puedes entender entonces cuánta fascinación tenía ella por el talismán de Histaiko, en el que presentía por alguna razón que estaría la curación de la única sombra que opacaba su felicidad, es decir, su propia esterilidad.

Aquella mañana ella destapó el objeto sagrado y vio con cuidado las cuatro figuras que habían sido talladas. La primera parecía un toro; la segunda, un león; la tercera, como un hombre, y la cuarta era un águila en vuelo. Cada figura estaba cruzada por una banda de color: el toro, por el amarillo; el león, por el verde; el hombre, por el rojo; y el águila tenía un hilo dorado y no se le veía más color. Al respaldo, el talismán tenía cuatro letras grabadas: SMDM, puestas sobre el fondo de una línea vertical ancha y una línea horizontal ancha: una cruz.

Este talismán, que no era talismán sino un medallón, tenía también dos argollas y por ellas pasaba una cuerda entretejida de cuero de la mejor calidad. Jandeiga, siempre tan detallista, se dio cuenta que la cuerda estaba perfectamente amarrada, y vio que el cuero estaba en perfecto estado pero que había sido cortado. Acercando cuanto pudo la cuerda a sus ojos verificó nuevamente y así era: la cuerda había sido cortada. Suspiró mirando a lo lejos por una de las ventanas, sin soltar el medallón, y se dijo en voz alta: "No fue un accidente. Esto no ha llegado a mi casa por accidente."

Entonces quitó los restos de la cuerda y puso el medallón sobre la mesa. Al principio creyó que se trataba de un fetiche politeísta, algún culto a cuatro deidades en el que Histaiko debía estar metido. Ella, como buena seguidora de Zaratustra y adoradora de Ahura Mazda, sólo podía sentir desprecio por los politeístas, así que trató de ridiculizar el medallón diciendo en voz alta, como cuando jugaba a las Invocaciones con sus amigas de unos años atrás: "Espíritu único y verdadero, Ahura Mazda, dios de mis padres y de todas las generaciones: mira el insulto que ha entrado a nuestra raza, mira la obra de la iniquidad que pretende instaurar la confusión de una multitud allí donde sólo debería reinar tu sacratísima unidad. ¡Mira, Ahura Mazda, mira, rey poderoso, hasta dónde llega la iniquidad en nuestro tiempo! ¡Mira, te suplico! ¡Mira!"

Sin darse cuenta, Jandeiga iba levantando más y más la voz a medida que decía su invocación, que se prolongaba mucho, de modo que no se dio cuenta cuando Luvei entró y se hizo a un lado de la puerta, sin poder entender qué estaba sucediendo.

Cuando después de un buen tiempo Jandeiga se detuvo fatigada y cesó en sus insultos al medallón de Histaiko, Luvei intervino saludando con un hilo de voz: "¡Hola! ¿Estás bien, Estrellita?" Luvei solía llamar así, Estrellita, a su prima Jandeiga, por el origen de su nombre.

Jandeiga, sobresaltada, respondió: "¡Luvei, mi amiga!" y corrió a abrazarla. Luvei le dijo: "Estrellita, ¿qué te pasa? Tienes el corazón a pleno galope, y estás sudando en este día tan frío. ¿Estás enferma? ¿Y por qué gritabas así? ¿Alguien trató de hacerte algo? ¿Quieres que pidamos ayuda?"

Jandeiga se quedó mirando a su prima y sin poder dar una razón se le salieron las lágrimas. Abrazó a Luvei, y escondió el rostro en el cabello de la que siempre consideró su mejor amiga, y empezó a sollozar y sollozar, sin soltarse de los brazos de Luvei, que sin poder entender nada, apenas le correspondía el abrazo y le decía palabras cariñosas como: "Mira, no te preocupes, todo va a estar bien..." Pero al final la misma Luvei se sintió conmovida y empezó a llorar también.

Al final, ambas se tomaron de una mano y se sentaron en sendas sillas cerca de la mesa. Era un gesto que servía como de clave entre ellas: Jandeiga unía su mano derecha a la izquierda de Luvei, se sentaban juntas, se miraban a los ojos y se decían: "Esto no es más grande que nuestra amistad." Así habían hecho cuando murió el segundo bebé de Luvei, y así también cuando Jandeiga casi se muere de una hepatitis.

"¿Qué te pasa, Estrellita?," preguntó Luvei. "Mira," replicó la aludida, "gracias por venir. Yo misma no sé qué siento. Anoche Galej me volvió a decir lo de los hijos. Creo que eso me ha puesto sensible. ¡Tú sabes que yo he hecho todo lo que he podido! La verdad, temo que un día se canse de mí, me bote como un cacharro inútil, y se consiga una joven bien hermosa que le dé media docena de campeones."

Luvei se le quedó mirando y le preguntó: "¿Estás segura que es sólo eso? Entonces qué era esa larga invocación de Ahura Mazda que estabas haciendo. Yo te oí un rato largo y no parecías triste sino disgustada, y además tampoco mencionaste nada de hijos..."

Jandeiga respondió: "Bueno, la verdad, no pensaba contártelo... Es decir, no todavía. ¿Ves ese fetiche sobre la mesa? Creo que es algo de brujería politeísta que Histaiko trajo anoche a la casa. AL principio pensé que se le había caído pero hoy descubrí que lo dejó de intento. Mira: la cuerda de cuero fino ha sido rota por un cuchillo. Se ve que él quería dejar eso en mi casa y tuvo que hacerlo de prisa, porque seguramente sintió que yo ya llegaba anoche de donde mi mamá, y tampoco quería encontrarse conmigo. Por eso estaba invocando a Ahura Mazda porque siento que esa cosa es una brujería y no quiero que nos vaya a hacer daño ni a Galej ni a mí."

Luvei miró por un instante al medallón y luego miró los ojos de su prima y buena amiga. Sonrió discretamente y agregó, sin quitarle la mirada: "¿Y qué más temas?" Jandeiga se dio cuenta que no podía tener secretos con Luvei, porque la conocía demasiado. Se levantó, se

servió un poco de agua, y dijo: "Tú sabes que yo practiqué las Invocaciones muchos años. Y siempre cuando llamaba a Ahura Mazda sentía algo dentro de mí, como un poder. Pero hoy no lo sentí, ni en lo más fuerte de mi plegaria. Yo siento que lo que está en la cosa esa es más fuerte que yo, y de pronto más fuerte que Ahura Mazda, pero me da terror pensar que el dios único no sea el dios único, o no sé si me da más terror pensar que todo sea mentira. El hecho es que me siento muy extraña con ese objeto. Además, míralo: detrás tiene unas letras, SMDM. ¿Será ese el nombre de un nuevo dios, o serán las cuatro iniciales de los cuatro dioses figurados con esas imágenes?"

Luvei tomó el medallón y lo acercó a su corazón. "Mira, dijo: no hace daño. No se siente mala energía. Es curioso: si lo acerco por el lado de las figuras se siente bien, pero si lo acerco por el lado de la cruz y las letras, se siente mucho mejor. ¿Qué quieren decir esas letras?"

Jandeiga no respondió sino que tomó el medallón en su propia mano, como con miedo, y lo fue acercando hacia su pecho. Al mirarlo desde arriba observó algo que antes no había notado: las cuatro bandas de colores de las cuatro figuras se entrelazaban y se volvían un solo nudo y una sola línea. Entonces dijo en voz alta: "Tal vez no son cuatro dioses. Tal vez son cuatro rostros del mismo dios. Y lo que dices es cierto: no siento miedo de los colores, ni de las figuras, ni de las letras, ni de la cruz. ¿Será una representación antigua, o para mí desconocida, de Ahura Mazda? Pero entonces, ¿por qué sentí ese vacío cuando llamaba a Ahura Mazda? Pero es verdad: no siento miedo."

Capítulo 5

Hacia ya un buen tiempo que el sol se había hundido en el horizonte cuando Galej tocó a la puerta de su propia casa. Jandeiga se extrañó de que él no entrara simplemente, como solía hacer, y le preguntó: "¿Por qué llegas así? Pensé que podrías ser otra persona." Galej sonriendo respondió: "Es una manera respetuosa de llegar a la casa de mi reina y mi amada. Y también un modo de avisarte que apesto a sudor, basura, lodo y bosque. Ha sido una jornada muy larga y muy pesada pero todo ha funcionado bien. ¡Ese Ulekam es un genio! Pudimos acabar todos los enrejados, y hubo gente que sugería que los echáramos al agua de una vez, pero el hombre es prudente y prefirió a que esperáramos a mañana."

Jandeiga se quedó mirando a su fornido esposo. Era alto y guapo, y así lleno de barro no parecía que hubiera estado trabajando sino jugando. Tampoco es que olierá demasiado mal: las ramas aromáticas de la montaña habían impregnado toda su ropa y su cuerpo de modo que se podía hablar de todo menos de hedor. No tuvo ella que violentarse entonces para abrazarlo y darle un beso cargado de amor y confianza.

Luego le dijo: "Te preparé el baño, pero no sé si quieres comer algo primero. No sabes cuánto me alegra que les haya ido tan bien en esa empresa. Es grande la sabiduría que Ahura Mazda ha concedido a los mortales y grande el poder que les otorga sobre la materia."

Él bebió un poco de kilta reposada que su esposa le había puesto ya sobre la mesa y comentó con extrañeza: "Tenías días de no mencionar a Ahura Mazda... Oye, ¿echas de menos el tiempo de las Invocaciones que hacías de muchacha?" "Si te voy a ser franca, sí, un poco..." replicó ella. La vida es hermosa pero si no cuidamos los ritos antiguos terminamos viviendo como animales. ¿Te diste cuenta cuando falleció mi abuela? ¡Era una mujer tan piadosa! Y sin embargo, cuando llegó la ocasión de su funeral no había prácticamente nadie que recordara los ritos. ¡Ese día yo sí hubiera querido ser sacerdotisa!"

Sin dejar el hilo de la conversación, Galej se había desnudado y avanzaba hacia la especie de tina donde su esposa le había preparado el baño, haciéndole señas para que no dejara de hablar y para que lo siguiera hacia esa parte de la casa. Jandeiga se sentó al lado por conversar con él y porque le gustaba verlo desnudo: también en esto se le antojaba que él era como un niño grandote y divertido.

Galej sin embargo tenía su pensamiento en otras cosas que pronto fueron aflorando a la conversación. "¿Mi bella, qué color te gusta más de estos cuatro: amarillo, verde, rojo o blanco?" Jandeiga, reconociendo los colores del medallón sintió un escalofrío terrible. Ochenta preguntas se agolparon en su cabeza: ¿Fue que él encontró el medallón en la madrugada? ¿Fue que Histaiko le contó de ese objeto perdido? Sin embargo, ella trató de mantener la compostura y de adueñarse de su voz. Ella siempre se reprochaba a sí misma que las emociones le dañaban el tono de la voz, que le salía demasiado aguda y ahogada cuando estaba nerviosa. Por eso trató de responder cosas cortas: "¿Y por qué me preguntas, Galej del Sol Grande?"--aunque la palabra "grande" casi se le ahoga en la garganta.

Galej recostado en el fondo de la tina de piedra parecía embebido en el dulce placer del agua tibia que le envolvía como una cobija deliciosa. Pero estaba atento, y conocía bien a su esposa, y por supuesto notó que algo sucedía, aunque no sabía qué, porque hasta ese momento él no había visto el medallón. De pronto abrió los ojos y los fijó en los de su esposa, y dijo: "Jany, tú sólo cuéntame cuál de esos cuatro colores te gusta más."

Ella carraspeó nerviosamente, sacó una sonrisa tonta que no le quedaba nada bien, y preguntó: "¿Cuáles, amor mío?" La pregunta, sin embargo, era sincera: en su nerviosismo todo se le confundía, y no podía ni siquiera decir los cuatro colores. Galej chapoteó casi medio minuto en un silencio tenso, y luego dijo con voz profunda: "Amarillo, Verde, Rojo y Blanco."

Jandeiga no sabía qué hacer. Se sintió atrapada, porque ella nunca le ocultaba nada a su esposo, y aquí estaba claro que ella había encontrado algo y lo había escondido. Sin embargo, no se disculpó todavía sino que balbuceó: "Creo que el rojo..." Galej tenía los ojos cerrados, sepultado en el baño gratisimo, y dejó pasar casi otro minuto para pedir un poco más de agua caliente, porque la tina se enfriaba. Jandeiga caminó hacia la estufa y se tropezó con una de las sillas, a la que pateó de mala manera con su rodilla derecha. El golpe sonó feísimo en la quietud de la noche y cualquiera diría que se había descolocado la rótula, pero ella no se quejó sino que llegó cojeando a la estufa y de ella trajo un cántaro con más agua caliente. Todo lo vio Galej sin poder entender a qué se debía todo ese comportamiento tan extraño. Jandeiga,

empero, se sentó sin quejarse pero sobándose con fuerza la rodilla afectada que se le empezó a hinchar de inmediato.

Entonces Galej preguntó: "Jany, suponte que yo no soy un ser humano, o mejor: si tú fueras a hacerme un escudo y tuvieras que poner una imagen en él, ¿qué pondrías? Te doy otra vez cuatro posibilidades: un toro, un león, un hombre o un águila."

Jandeiga sintió que se desmayaba. La rodilla le palpitaba horriblemente y la pregunta de Galej sólo podía indicar que ya lo sabía todo. Ella se inclinó sobre las piernas ocultando la cabeza con los brazos, como una niña asustada, y dijo con un hilo de voz: "Amor, perdóname, esto no volverá a suceder."

Galej pensó que se refería a la silla, o a que el agua estaba demasiado caliente (que en efecto, lo estaba), pero la mente del pobre hombre no atinaba a hallar una explicación para todo lo que veía. Se sentó entonces en la tina cerca de ella y le pregunto con la voz más cariñosa que pudo: "Oye, Jany, ¿qué te pasa hoy? No entiendo qué te ha puesto así. No sé por qué cambias conmigo."

Y ella replicó: "No es un cambio, Galy,"--así lo llamaba en momentos de extrema intimidad-- "en el fondo soy la misma: es sólo que me preocupa que estés bien y temo que algo pueda dañarte o pueda dañar nuestra relación."

Ahora Galej entendía menos. Lo único que se le ocurrió es que ella estaba sensible por el tema fuerte entre ellos, el tema de la falta de hijos. Quizá a ella le había llegado ya su periodo y por eso ella sentía que otra vez le había fallado a él. Galej trató de ser comprensivo, dentro de las circunstancias, y por eso renunció a la idea loca que tenía hacía un momento: invitarla a ella a que se bañara con él. La tomó entonces muy fuertemente de la mano, como indicando que sí entendía lo que estaba pasando. Pero Jandeiga vio en ese apretón algo distinto, porque de veras él le estaba prácticamente estrujando los dedos. Ella se sintió tratada como cuando se va a regañar a un esclavo y se le doblega con la mano para que se arrodille, pero como le dolía tanto la rodilla no podía tampoco hacer el gesto clásico de humildad para postrarse a pedir misericordia, como una esclava. Al final se le salió un gemido de dolor no fingido, y dijo con voz un poco más fuerte: "Galej, sí, reconozco que me equivoqué, no volverá a pasar. Fue un momento de debilidad o de curiosidad, no sé, yo qué voy a saber."

"¿Fue?," replicó él con extrañeza, "¿qué cosa fue un momento de debilidad?" Ella rompió en llanto: "¿Lo tengo que decir? ¡Si tú ya lo sabes para qué lo tengo que decir!" Galej pensó que ella se refería a su esterilidad pero no terminaba de ver en qué sentido ser estéril es un momento de debilidad ni mucho menos un momento de curiosidad. Sin saber qué hacer solamente tomó la cara de ella con sus dos manos inmensas y la miró con sorpresa, como pidiendo que ella fuera más clara. Pero ella pensó que él iba a hacer el ritual de la suprema humillación que se usaba en aquel pueblo: se toma a la persona con las dos manos, se le grita una maldición y se la escupe. Gimió entonces con un grito de dolor exclamando: "¡Ay, eso no me hagas, te lo suplico, te lo suplico! ¡Por Ahura Mazda, eso no me lo hagas!"

Pero Galej no la soltaba sino que apenas dijo en voz baja: "Jandeiga, te bendigo en el nombre del Dios Altísimo, Padre de Nuestro Señor Jesucristo." Ella no sabía quién era Cristo pero sí sabía qué significa "bendecir," así que sin poder entender nada, su mente entró en estado de shock y su cuerpo se desvaneció entre los brazos del esposo.

El desmayo no duró mucho tiempo pero sí lo suficiente para que Galej la llevara cargada a la cama y para que se diera cuenta que ella no estaba manchada. La dejó recostada y él terminó de asearse rápidamente. Luego sirvió un poco de comida como para ambos y la puso en la mesa, dispuesto a empezar a comer si ella no despertaba pronto. El olor de la sopa bien condimentada y del tocino en salsa se esparció por toda la casa, y todo ello ayudó a reanimar a Jandeiga.

Ella abrió los ojos, se levantó cojeando, y sin decir palabra se agachó con muchísimo esfuerzo para sacar de un rincón de debajo de la cama el medallón que, según ella, era la causa de todo ese problema. Lo sacó de la bolsita de cuero, y fue caminando con él en sus manos hasta la mesa. Puso el medallón sobre la mesa, directamente delante de Galej, se sentó en la silla al lado de él, y preguntó con el tono de un condenado a muerte: "¿Ahora qué sigue para mí?" Galej la miró, sonrió, y le dijo: "Lo que sigue es primero la fe, y luego la gloria."

Y tomando tiempo, mientras comían, le fue explicando la historia de Histaiko y de los Misioneros de Tomás. Le habló del nombre de Cristo y de cómo los cuatro relatos de los evangelios hablan de un solo Señor y Salvador. Jandeiga le escuchaba con deleite sonriendo a cada paso y haciendo pequeñas preguntas aquí y allá. Lo que más le gustó fue la explicación del "Señor mío y Dios mío," y las cuatro letras unidas con la cruz. Al final dijo: "Galy de mi alma, quiero pedirte dos cosas. Primera, quiero disculparme con Histaiko: ¿podemos invitarlo a que coma con nosotros esta semana? Será algo muy bello y además él puede explicarnos más sobre cómo era Cristo y dónde podemos aprender de él."

"¡Concedido!," replicó Galej, "¿y cuál es el segundo favor?" Jandeiga anudó el medallón por donde había sido cortado y se lo puso a su esposo en el cuello, de modo que las cuatro imágenes de los evangelistas quedaron del lado de la piel de Galej, y la cruz del lado de ella. Entonces, sin decir palabra, le abrazó hasta que sus cuerpos se juntaron y ambos sintieron la suave presión del medallón en el pecho. Jandeiga le dio un beso lleno de ternura a su esposo, pero también lleno de fuerza, porque cuando se separaron, Jandeiga tenía una cruz grabada, y a Galej se le veían los evangelios.

Capítulo 6

Tres días después del resonante éxito de Ukelam en la desviación del río Galej y Jandeiga invitaron a Histaiko a su casa, según lo planeado. Al calor de un buen fuego y en torno a una mesa bien provista, el ambiente no podía ser más amable. Pero ninguno de ellos tenía la atención demasiado puesta en las viandas sino en la conversación.

Histaiko introdujo el tema central de la noche con una larga disculpa que iba de este talante: "A la vez que les agradezco a ambos, y especialmente a ti, Jandeiga, la bondad de haberme invitado esta noche, creo que les debo pedir mil perdones y que ustedes tienen derecho a conocer mejor que nadie cuáles han sido mis pasos. Que sirva como excusa primera el que he sido una persona muy tímida y que esa timidez me ha obligado muchas veces a guardar demasiado mis opiniones para mí mismo. Mi abuelo, Histaiko el Viejo, sólo tuvo un hijo, que fue mi padre, y mi padre sólo un hijo, que fui yo. Y de abuelo a padre, y de padre a hijo, hemos recibido tres legados: dos de ellos son detestables pero el tercero lo compensa todo."

Galej y Jandeiga apenas probaban bocado, siguiendo con extrema atención cada sílaba de Histaiko, que procedió su relato con gran concentración, como si cada evento de los que iba a decir reapareciera súbitamente ante sus ojos. "El primer legado es esa terrible timidez que nos ha acompañado. El que no ha vivido ese flagelo no sabe de qué estoy hablando. Te sientes aprisionado en tu cuerpo. Vas a hablar y una mordaza te cierra la boca porque sientes que todo lo que digas es repetido, o es tonto, o no va a caer en gracia. El segundo legado es una extraña enfermedad que ya padecieron los Misioneros y de la cual no conozco cura alguna. Yo no sé si yo la tengo; presumo que sí. Mi padre la tenía. Empieza con una espantosa debilidad y mucho dolor de cabeza. La persona va perdiendo su carne, adelgazándose horriblemente, como un cadáver en vida. Esa enfermedad fue el principio de la timidez de mi abuelo, porque él no era así. Y sin embargo, jamás le oí quejarse de estar enfermo ni de que su cuerpo se consumiera de esa forma tan atroz. La única vez que él mencionó su dolencia fue para bendecir a Dios diciendo que si ese mal se le había pegado del trato con los Misioneros, él gustoso entregaba su vida a Dios y que no le parecía mal negocio perderlo todo en esta tierra por la alegría de haber conocido a Cristo. Luego vino el caso de mi padre, que quedó viudo o mejor abandonado de mi madre, que no pudo soportar tanto aislamiento y las burlas de la gente cuando se supo que nosotros no éramos zoroastrianos sino cristianos. Mi padre parecía un hombre sano, más o menos hasta que cumplió mi edad, pero entonces tuvo un declive rápido y drástico, y la enfermedad se le vino a manifestar. Yo por esa época quería ser médico, si te acuerdas bien Galej, y por eso traté de hacer todo para salvarlo. Mi conclusión fue que los rollos aquellos de los Misioneros de Tomás tenían como esa enfermedad pegada en sus hojas, porque mi padre sólo se enfermó cuando en un verano se dedicó a estudiar las Santas Escrituras, como nosotros las llamamos. Pero él también me dio un testimonio admirable de amor a Cristo porque murió diciendo que si esos papeles tenían esa enfermedad ahí pegada, las palabras que estaban en ellos tenían la salud más adherida aún. Cuando llegó el día de su muerte él podía recitar casi todos los rollos de memoria. Por eso surgió en mí el deseo de aprenderme esas palabras sin tocar los papeles enfermos. Y eso hago en estos días. Uso unos guantes para abrir los rollos y los repaso de tal manera que ya me sé de memoria los Cuatro Evangelios. Cuando esté completamente seguro de que los sé perfectamente tendré que destruir esos venerables rollos porque no quiero que nadie se enferme sino que todos encuentren la Palabra que da vida. Sobra decir que esa Palabra, esa Palabra inmortal y gloriosa es el tercer legado que ha pasado de mi abuelo a mi padre, y después desde mi padre hasta mí."

Jandeiga y Galej no salían de su asombro siguiendo los detalles del relato increíble de su nuevo amigo. Histaiko se dio cuenta de que querían preguntarle algo, y por eso se adelantó a decir a ambos pero mirando hacia la dueña de casa: "Si desean preguntarme algo, ¡háganlo por

favor!" Jandeiga bebió un poco de kilta, cosa que nunca hacía, y le dijo: "Histaiko, esta noche debería ser sólo para alegrarnos, y sé que hago mal trayendo recuerdo de tiempos malos que ya se han ido, pero..." Y él la interrumpió: "Sé lo que me vas a decir, lo de la historia de Luvei. No, no te oculto nada. Eso fue una estupidez, una tontería de esas que hace uno de joven. En realidad la idea fue de mi amigo Tekaluf y yo, precisamente por esa cobardía que trae la timidez, no fui capaz de oponerme. Pero has de saber, Jandeiga que ese momento bochornoso vino a marcar un cambio en mi vida. Estaba yo enamorado, muy enamorado de tu prima Luvei, y sentir que la perdía, que se me iba como de las manos por algo tan tonto como ese juego de Tekaluf, eso me hizo recapacitar. Me prometí que no podía ser un juguete de la gente o de las circunstancias. Volví a mis raíces y tomé en serio mi bautismo, y empecé a idear un plan para defender a mi raza y a la vez para que pudiera florecer la fe cristiana entre nosotros, porque nada mejor podría sucedernos."

"En realidad, Histaiko,"--comentó Galej--"yo ya me siento tan convencido como tú de eso, pero soy consciente que los obstáculos son formidables. Todas nuestras tradiciones son zoroastrianas y los pocos que no adoran a Ahura Mazda son hindúes de raza y religión, aunque tampoco ellos practican ya mucho sus propios ritos. Sin embargo..."

Galej detuvo la frase allí, en ese suspenso, como si en ese instante se le estuviera ocurriendo algo, y así era. Jandeiga lo apremió: "¿Sin embargo qué, mi amor?" Galej se quedó en el vacío por medio minuto y entonces dijo a Histaiko: "Oye, ¿de dónde me dijiste que vinieron los Misioneros de Tomás?" "De la India,"--respondió el aludido--"pues la antigua tradición asegura que hasta allá llegó el apóstol de ese nombre."

Galej siguió pensando un instante más y agregó: "Es decir que los Misioneros prepararon esos rollos en la India, usando lo que allí tenían a mano. Es que he oído a Fitmeno, que es de familia macedonia e india, que hay regiones de la zona norte de la India donde preparan una tinta extraña, que llaman 'tinta mágica' porque se asegura que no importa lo que tú escribas con ellas, si lo lees muchas veces te mata. ¿No es posible que sea esa la tinta que ellos dieron a los Misioneros cuando estos tenían que hacer copias de sus rollos, dado que los rollos antiguos ya estaban muy deteriorados? ¡Todo encaja! No es que la tinta mate por lo que uno lee sino porque, al contacto con los escritos, la piel va asimilando el veneno. Tiene sentido: aquellos hombres no querían que se expandiera la fe cristiana y entonces, por una parte, presionaron a los Discípulos de Tomás para que se fueran a otra parte, con lo cual terminaron volviéndose lo que hoy llamamos Misioneros de Tomás, y por otra parte, les enviaron una provisión terrible de veneno en sus propias escrituras santas, lo cual no sólo los destruía físicamente sino que quitaba toda credibilidad a su religión. ¿Quién, en efecto se va a acercar a un grupo de gente enferma, o mejor dicho, agonizante? Y tú, Histaiko, ¿hace cuánto estás leyendo los rollos?" "No menos de ocho meses, todos los días,"--respondió el aludido con una sonrisa inmensa; y agregó: "¡Y no me he sentido enfermo ni un solo día!"

Galej concluyó: "¡Eso demuestra lo dicho! Sin embargo, haces bien en aprenderte los textos de manera que ese veneno no pueda hacer daño a nadie más. ¡Debo decirte que a tu abuelo y a tu padre hay que contarlos en el número de los mártires!"

"Bueno--preguntó Jandeiga--¿y a mí quién me va a bautizar?" A eso respondió Histaiko primero con sus lágrimas, y sólo después con palabras: "Jandeiga, mi abuelo decía que Cristódulo, el anciano que lo bautizó a él tenía un cargo especial. Era lo que ellos llamaban un 'episcopo,' y se supone que él era por así decirlo el sucesor directo de Tomás. Pero es toda una pena que toda esa comunidad se haya extinguida por obra de aquel veneno, ¡y ahora en esta región sólo yo llevo el nombre de cristiano...!"

Histaiko rompió a llorar desconsoladamente. Jandeiga lo abrazó con cariño de hermana y le preguntó: "¿Y por qué no te nombramos obispo a ti?" A lo cual respondieron más lágrimas y lamentos: "¡Tú no entiendes, Jandeiga, pero no es tu culpa! Mi abuelo una cosa me dejó clara, que nadie se hace obispo el solo, y que sólo un verdadero obispo puede hacer obispo a otro hombre. Pero esa no es la última de las desgracias: mi mismo abuelo, el gran Histaiko, era santo y profeta, y él me dijo que cuando el arroyo en que a él lo bautizaron cambiara su curso estaba cerca la invasión de los mongoles. Yo nunca creí que eso fuera posible, porque ¿cuándo ve uno que los ríos cambien el curso? Pero ya ven, mis amigos, ahora por obra de Ulekam y de todos nosotros el río ha cambiado y sé que la profecía de mi abuelo está por cumplirse. ¡Él anunció tantas cosas! Entre otras, él no predijo que tú te casarías con Galej, cuando apenas era una bebida. Y él me enseñó que los nombres de ustedes, cuando se entrelazan, tienen un sentido místico. ¿No han notado que donde termina el nombre de Galej empieza el nombre Jandeiga? Si juntas los dos nombres resulta esta serie: Gal-eján-de-igá, que en la lengua antigua de nuestros padres quiere decir: El Sol ha nacido de lo alto, que es uno de los nombres que el Evangelio de Lucas le da a Jesucristo. ¿Nunca lo habían notado? Pues bien, mi santo abuelo predijo eso y cien cosas más que se cumplieron todas..."

Histaiko iba a continuar pero Jandeiga le interrumpió: "Histaiko, amigo, perdona mi impertinencia, pero, no sé, ¿tal vez tu abuelo predijo algo más sobre nosotros? ¿Dijo si íbamos a tener hijos?" Galej la miró con reproche y no dejó que Histaiko dijera nada, sino que él mismo habló: "No creo que eso sea para hablarlo así, ahora, Jandeiga, por favor. Solamente ten en cuenta que el futuro de nuestra raza está en juego. Ahora entiendo por qué se necesitan los Guardianes del Crepúsculo."

Capítulo 7

Era ya muy tarde en la noche cuando Histaiko salió de casa de sus amigos, no sin antes explicarles que era posible para ellos recibir el bautismo, porque los bautismos los podían realizar los laicos y no necesariamente sacerdotes u obispos. Una pequeña discusión surgió sobre si era conveniente esperar a que hubiera un grupo más grande de creyentes, de manera que el bautismo de todos fuera también el comienzo de una comunidad cristiana como tal. Jandeiga, en particular, quería que por lo menos su prima y amiga Luvei se bautizara el mismo día que ella, aunque Galej veía en ese retraso algo innecesario que podía más bien traer inconvenientes. Al final acordaron una solución intermedia: esperar unas dos semanas para ver si Luvei y quizá algunas otras personas se animaban a recibir de corazón el bautismo. Lo que terminó persuadiendo a Histaiko fue que, según el antiguo calendario que Cristódulo le había pasado al abuelo, la gran fiesta de la Pascua debía celebrarse precisamente al final de esas dos

semanas, de modo que todo coincidía bien, pues ¿qué mejor fecha para bautizarse que la Pascua?

Luvei, sin embargo, no resultó fácil de convencer. En su mente estaban muy grabadas las escenas del día en que había visto tan alterada a Jandeiga en razón del medallón, así que para ella todo ese tema era sospechoso. Además, sabiendo que Histaiko estaba detrás de esa nueva "moda" cristiana, decía que no quería nada que viniera de sus labios mentirosos.

Fue así como llegó esa Pascua y Jandeiga no se bautizó porque quería que su familia, y sobre todo, su amiga de toda la vida se bautizara con ella. Llegó esa Pascua y Galej no se bautizó porque decía que no se sentía bien bautizándose él sin que se bautizara su esposa. Llegó esa Pascua y pasó esa Pascua y lo único concreto era que el río había sido desviado, y los mongoles extendían su dominio por estepas, llanuras y montañas, probando sus fuerzas en nuevos y distintos territorios, cada vez más arriba.

Histaiko mientras tanto se sentía dividido interiormente. Ya en ese momento su timidez era un recuerdo porque había hecho una especie de pequeña escuela de fe donde recitaba largos pasajes de los Evangelios y luego explicaba sobre el cristianismo con notable éxito. Para el invierno de ese año no menos de sesenta personas asistían cada domingo a escucharle, de modo que él había empezado a acariciar la idea de irse hacia el Sur, desandando el camino de los Misioneros de Tomás, hasta encontrar cristianos y sobre todo algún obispo que pudiera ordenarlo obispo a él mismo. Las palabras de la Eucaristía le producían un impacto cada vez mayor y llegaba a sentir algo parecido a la envidia cuando pensaba que su abuelo sí había podido comer el Cuerpo de Cristo, pero ya no su padre ni menos él mismo.

Los Guardianes del Crepúsculo fueron tomando forma. Un gran paso adelante fue que Ulekam quisiera unirse al grupo. En lo más crudo del invierno del año siguiente, por fin Luvei y su esposo se unieron a la Escuela de Fe, y parecía un hecho que habría una gran ceremonia de bautismo para Pascua. Se decidió que primero se bautizarían los Guardianes, junto con sus respectivas esposas y familias, después los ancianos y enfermos, y después sí el resto del pueblo. Histaiko esperaba con ansia esa Pascua, para después dejar encargado de la predicación a uno de los Guardianes, y así volver realidad su sueño de toda la vida: encontrar a un obispo "de verdad." Y para ese día quería contarle a Galej y Jandeiga el resto de la profecía del santo abuelo: que Jandeiga no moriría sin tener la alegría inmensa de la maternidad. Tal era el plan de Histaiko.

Pero el plan de Dios era otro. Por la época en que Luvei se unió a la Escuela, Jandeiga descubrió que estaba embarazada. Llena de contento, decía como Ana, la mamá de Samuel, que ese hijo tenía que estar dedicado al Señor. Pero también en esto el plan del Señor era otro. Menos mal que Histaiko les había predicado un par de domingos sobre el valor del martirio porque aquel Sábado, víspera de Pascua, llegaron los mongoles, y aquel poblado fue bautizado no en el agua del río sino en su propia sangre. Aferrados a sencillas cruces, que ya cada uno tenía en su casa, y gritando invocaciones a Jesús y a María, vieron con terror cómo el fuego se adueñaba de sus casas y sencillas pertenencias. Los mongoles, locos de furia por la pobreza

del botín, decidieron acabar con todos, como si el infierno abriera sus fauces contra aquellos catecúmenos.

Jandeiga comprendió que aquel era el final y apenas pudo enterrar apresuradamente el medallón de los evangelios, no porque valiera mucho en términos materiales, sino porque no quería que fuera profanado. Lo metió al lado del terreno de siembra. Ni siquiera trató de huir cuando las hordas de paganos se abalanzaron contra su propiedad después de degollar a Galej. Sus últimas palabras fueron: Señor mío, y Dios mío.

Histaiko, que conocía bien el camino de los matorrales, pensó en huir, pero entendió que salir solo y sin provisiones equivalía casi a una muerte más larga y penosa. De todos modos, salió de casa y subió furtivamente hacia la colina donde se alzaba la casita con una cruz, la Escuela de Fe. Al ver cómo encendían fuego a la cruz entendió que estaba rodeado y entonces se arrodilló en silencio y empezó a recitar la Pasión de Cristo según san Lucas. Cuando llegó al pasaje en que un ángel consuela a Cristo pidió ese auxilio para él, y yo fui enviado. Puedo decirte que murió como un santo.

Comprende, hermano, que hay muchos héroes y santos que tú no conoces; que nadie conoce. Hay pueblos enteros que han sido borrados de la faz de la tierra y que murieron llenos de fe y de esperanza en Cristo Jesús. A Histaiko se le honra en el Cielo con el honor propio de los obispos.

+